



TERRY EAGLETON: La estética como ideología. Ed. Trotta, 2006
Traducción de German Cano y Jorge Cano. Edición original, T.Eagleton, 1990 en
Blackwell Publishing Ltd., Oxford.

Por Pelayo Perez

Pese a que el texto original se dió a conocer en lengua inglesa hace quince años, hay que celebrar que este importante libro haya llegado a nuestras librerías y no sólo por el hecho en sí, sino porque al leer el ensayo de Eagleton comprobamos tanto su vigencia actual, cuanto las bondades que lo han hecho célebre desde su publicación al inicio de la década de 1990, y que lo convierten en un libro imprescindible para entender ya sea el reciente pasado, ya sea la realidad de un presente donde la temática aquí abordada presenta signos preocupantes de desfallecimiento, con lo cual recorrer las páginas de *La estética como ideología* nos proporciona la sorprendente posibilidad no de la añoranza de un tiempo sido, sino la de *releer* ese época que la propia historia *ha deconstruido*.



Terry Eagleton muestra todo su “encanto” en este particular ‘ajuste de cuentas’ con el deconstruccionismo idealista, y un tanto anarquizante en el caso de Paul de Man, y del recientemente fallecido J. Derrida, que rezuman ese poso nihilista postmoderno, al cual quiere dar réplica este *enfant terrible* de la crítica izquierdista anglosajona, el cual ha escrito una biografía que hace justicia a este apelativo, pero muy recomendable para iniciarse en los entresijos sociológicos que subyacen a este modo peculiar de ‘superar’ las constricciones propias de quién, no siendo realmente filósofo, exuda filosofía, propia y ajena, por todas las yemas de sus dedos tecleantes. Esta autobiografía se titula *El portero* -publicada en español en la editorial Debate, 2004- y donde los orígenes humildes de este hijo de un obrero católico irlandés, fracasado seminarista que acaba en Cambridge, dejan la marca determinante de quien acabaría descollando desde entonces en sus investigaciones y “críticas” a la cultura y que tienen en su peculiar marxismo un punto de inflexión que, pese a sus rectificaciones, no ha abandonado, aunque ya no es aquel joven admirador y seguidor de Althusser y Macheray, ni del *estructuralismo*, pero



que mantiene el *materialismo histórico* como la clave de bóveda de su discurso, donde descuellan W.Benjamin o Gramsci, pero también Freud/Lacan o Luckas/Adorno, teniendo en autores franceses como Derrida o Deleuze sus pares con los que, de la mano del *sublime Marx*, iniciará una de las más brillantes críticas filosófico-políticas de los últimos años.

La Ideología (título, por otra parte, de uno de sus éxitos editoriales, y publicado entre nosotros por la editorial Paidós en 1997, donde recorre el curso histórico del concepto) cobrará a lo largo de las casi 500 páginas de este exuberante libro, un rostro renovado y necesario que se recorta y se talla mediante el escalpelo que el concepto de *Estética* le proporcionará. Así pues, ‘ideología’, ‘subjetividad’, ‘burguesía’, ‘cultura’, ‘espíritu’, e ‘historia’ entre otros no menos importantes, serán los mojones esenciales que esta mirada ‘deconstructiva’ recoge desde su aparición en la *modernidad* ilustrada, momento histórico-político que exige, desde las transformaciones socioeconómicas e industriales “emergentes”, respuestas ante el mundo que no sólo la Ilustración, y el idealismo alemán que la expresa, demandan, sino como ideología necesaria de una clase social que se encamina hacia su autonomía y posición dominante, la cual acaecerá con la Revolución francesa y el despegue progresivo de la industrialización. Esta secularización del arte y de la cultura, que con precisión y rigor filosófico sin par expuso entre nosotros Gustavo Bueno en una de sus mejores obras, *El mito de la Cultura*, es la que, desde su perspectiva, Eagleton nos ofrece con precisosismo y con esa ecléctica posición de un crítico literario marxista que, por tanto, en cuanto tal, se ve desde su juventud impelido a superar el mero esteticismo. En este sentido, y para esos mismos lectores de la obra citada de Bueno, la lectura de este libro les resultará una aportación fértil y muy recomendable, aunque ni las posiciones ni las pretensiones, de uno y el otro, converjan ni nosotros pretendemos establecer paralelo alguno, si no esa concurrencia de lo estético y lo cultural que, tras la secularización que introduce la modernidad, debe ser entonces reconsiderada ya sea desde planteamientos ‘políticos’, ya desde los estrictamente ‘filosóficos’. La acusación que le dirigiera el ínclito crítico de la cultura, Harold Bloom, al cual previamente Eagleton había calificado de “evangelista”, considerándolo “insignificante y pseudomarxista”, no se mantienen tras la lectura de este ensayo que, a la altura del siglo XXI, se nos muestra como de



necesaria lectura.

Para quienes conozcan la biografía de nuestro autor, y sus ensayos de crítica literaria, nada al uso por cierto, sobre Beckett o Joyce, entre otros como T.S. Eliot o los trabajos sobre W.Benjamin y Batjin, encontrarán ese destilado humor que parece haber salvado del pesimismo y la marginalidad a este monaguillo católico desencantado y que tuvo en su maestro, Raymond Williams, la oportunidad de superar esas condiciones impuestas por el lugar y la cultura que al nacer nos son impuestas. Y es que este sentido de la ironía, a la que dedicará páginas espléndidas al hablar de Kierkegaard, vivifican un discurso que hace equilibrios muy bellos entre lo mundano y lo académico, o mejor, entre la síntesis divulgativa de altos vuelos en cada mirada penetrante y reestructora de los sistemas filosóficos que desde el Idealismo alemán hasta Wittgenstein o los postmodernos, sirven de matriz y banco de pruebas de este par de imprescindible comprensión para enfrentarse a los retos actuales de comprensión del Mundo, como son la Estética y la Ideología, en esta actualidad que parece no sólo *anestésica* (y anestésica) diríamos, sino pospolítica, pero tal que esas actitudes no son sino producto, precisamente, de una peculiar “ideología”. Aunque solo fuera por este hecho, es más que recomendable la lectura de este, por otra parte, hermoso libro, enriquecedor y necesario.

Terry Eagleton no nos ofrece, hemos de decirlo, un constructo argumental , una analítica precisa de la ideas que maneja y recorre, ya sea la *estética*, ya sea la *ideología*. No hay un *qué es la ideología* a lo largo de su libro, pues el libro parte de su realidad, de la ideología como algo realmente existente, lo mismo se diga de estética y, por tanto, de las restantes ‘ideas’ que se entrelazan con estas. No le pediríamos tanto una reconstrucción de la *idea*, cuanto su constatación y descripción, al menos. Se dirá, incluso al socaire de estas líneas, que efectivamente es el lector el que recubre ese vacío, o el que recorre la transversalidad de los conceptos empleados. Pero esa función no tiene porqué ser impuesta en sentido legitimante. Eagleton muestra en este sentido sus debilidades, las cuales quedan encubiertas por su prosa, ella misma estetizante, sumamente astuta. Sin compartir el diagnóstico destructor del elitista Harold Bloom, que lo tiene por su enemigo acérrimo, no está demás recordar, a su favor, la audacia



sintetizadora de este texto que acierta en no pocas ocasiones y que, siempre, mantiene al menos la virtud que surge precisamente de sus defectos: el origen reductor del crítico “literario-cultural”, pero que tiene en el compromiso ideológico-político de su “formación” la palanca que le hace superar ese plano reductor donde, por ejemplo, se mantiene el citado Bloom.

Al menos, para terminar, la virtud de Eagleton no es otra que aquella que surge de la dialéctica de los propios límites, lo que convierte a su libro en un ‘puente’, en el espacio intermedio que nos permite recorrer un tiempo histórico-político que el par ideología-estética enmarcan a partir de esa misma conciencia resultante de la modernidad y la ilustración, la que hoy parece ya agotada.

No obstante lo dicho, y sin merma de su exhaustivo trabajo, Eagleton cae en una cierto estrabismo, seguramente debido al hecho de no ser un filósofo que, sin embargo, recorre los textos centrales de quienes han construido el moderno edificio de la filosofía.

Produce esa misma sensación que, por unos años antes, causara el muy celebrado ensayo crítico sobre la “ontología política de Heidegger” llevado a cabo por Pierre Bourdieu. Hay en ambos una rarefacción del lenguaje, y una astucia consciente del uso de filosofemas, de anticipaciones a las críticas ‘gremiales’ a esos mismos usos, y un escepticismo calculado, dosificado que, en el caso de Eagleton, le da un tono distanciado, supuestamente neutral. Pero las clasificaciones, los argumentos, los análisis de las categorías e ideas utilizados brillan por su ausencia, una ausencia notoria cuando empero las tesis que sustentan el texto actúan como una trituradora.

Con estas, y otras salvedades, el libro que reseñamos se mantiene como necesario, como útil y jugoso, lo cual no es poco ni mucho menos.